

Benjamín Martín Sánchez

**J E S U C R I S T O,
EL OBRERO DE NAZARET
(El más amigo de los pobres)**



EDICIONES ALONSO	DISTRIBUCIONES CODESAI
Esparteros, 4	Recaredo, 34
MADRID - 12	SEVILLA - 3

ALONSO, M. (1980)

ALONSO, M. (1980)
ALONSO, M. (1980)
ALONSO, M. (1980)

D. L.: M-3382-1980

I.S.B.N.: 84-371-1224-9

Printed in Spain - Impreso en España

Talleres Gráficos Alonso, S.A.

Carretera de Pinto, Km. 15,180

Fuenlabrada - Madrid

A modo de prólogo

Para tí, obrero; para tí, oficinista, industrial o trabajador de cualquiera clase que tú seas; para tí me he movido a escribir este pequeño relato de una vida sin igual, que pretende abrirte grandes horizontes y darte a conocer el camino seguro de la felicidad.

Yo no dudo que leerás esta biografía por ser de pocas páginas y que cuando termines de leerla te entrarán mayores ansias de conocer y de amar al que en ellas se nos presenta como el más amigo de los pobres, como el más amante de la clase obrera, al que vino a dignificar el trabajo de este mundo, al modelo y amigo de los humildes: Jesús, el sencillo artesano de Nazaret, el obrero de elevados ideales.

El era el Esperado, el anunciado por los profetas, el que había de venir, y que llegada la plenitud de los tiempos se manifiesta a este mundo, por el que pasa como peregrino haciendo bien a todos, sin distinción de clases, e inicia con su vida una nueva era luminosa para la historia de la humanidad.

Su porte exterior, sus atractivos, su manera de ser, su doctrina salvadora, eran tales que las familias pobres, las más humildes, los obreros del campo..., le seguían por el desierto, lejos de las aldeas, hasta olvidarse de que tenían que comer.

¿Quién, pues, es este sencillo artesano que tanto amaba a los humildes y a quien con tanta avidez le seguían las multitudes como suspensas y admiradas ante sus palabras llenas de consuelo y de verdad?

Brevemente lo diremos en estas páginas. El es Jesús, el Dios hecho hombre, el Maestro, el Salvador de todos. ¡Ojalá que todos le lleguen a conocer pronto! Entre los males que afligen a nuestra sociedad contemporánea el mayor es su desconocimiento y el alejamiento de su doctrina.

¡Cuántos se llaman cristianos y no conocen a Cristo!

Los pueblos y las naciones sólo en El encontrarán al único Redentor, cuya doctrina puede llevar el pan y la paz a todos los hogares de la tierra.

Sólo en Jesucristo puede haber salvación para esta pobre humanidad.

El es el amigo de los niños, de los obreros, de los pobres, de los afligidos, de los pecadores..., de todos los que tienen hambre y sed de justicia.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Al componer este folleto, he tenido presentes las VIDAS DE JESUS, escritas por Fillion, Willan, Pappini, Abad y Sarabia, y también la “Epopéya Bíblica”, de Sor María Rosa Miranda, y el “Drama de Jesús”, del P. Martínez, de los que transcribo algunos pensamientos.

Sirva esta advertencia como cita general, dado el carácter popular del folleto, en el que no he pretendido otra cosa que poner al alcance de todos la Vida de Jesús en resumen, especialmente de los obreros.

PRIMERA PARTE

INFANCIA Y VIDA OCULTA DEL OBRERO DE NAZARET

I.—La biografía del que había de venir

¡Cosa excepcional! ¿De quién se ha escrito la vida antes de nacer? De nadie, sólo de uno, de Jesús, el obrero de Nazaret.

Por esta causa, su vida es única y singular, vida maravillosa que se halla ya descrita, muchos años y siglos antes de que El naciera, en las páginas del bello y sublime libro de la Biblia, el libro por excelencia, el que por su contenido, y ante todo por su carácter divino, está por encima de todos los libros que hay en el mundo, pues éstos, sean los que fueren, puestos en un montón a un lado, por ser libros de hombres, no igualarán jamás a este solo libro de la Biblia, por ser el libro de Dios. Por encima de las escrituras humanas está la Escritura divina.



II.—Los videntes

Hubo profetas, voces que hablaban en nombre de Dios, éstos eran *los videntes*, los que veían con absoluta claridad todos los acontecimientos que habían de suceder en el porvenir, y estos profetas fueron los que anunciaron con anterioridad de siglos y con admirable precisión de tiempo y de lugar la portentosa vida del Mesías, de aquel que había de venir y anunciar los caminos que llevan la paz y la felicidad a los pueblos.

De El nos habla el primer libro bíblico, o sea el Génesis, escrito casi mil quinientos años antes de su nacimiento, y nos dice que “*en El serán benditas todas las naciones*” (Gen. 13,3; Gal. 3,16).

De El nos habla también el profeta *Isaías*, unos

ochocientos años antes de su venida, para anunciar al mundo que nacerá de una Virgen y que tendrá un Precursor que le anunciará, y cuál ángel del Señor preparará sus caminos. Este mismo profeta, al igual que Isaías, nos concreta circunstancias de su vida, de su Pasión y de su muerte. (Is. 7.14; Cpts. 53,61, etc.)

Y *Miqueas* (5,2) nos dice que nacerá en Belén de Judá. Y, finalmente, el profeta Daniel, entre otros, fija los años que le faltan para aparecer en el mundo... y así unos y otros predicen hasta los milagros y profecías que El había de obrar para demostrar su misión divina y salvar a esta pobre humanidad. Y todos cuantos pormenores anunciaron siglos antes del que había de venir, se hallan ya cumplidos en Jesús, el obrero de Nazaret, con toda exactitud, como puede comprobarse por los Evangelios.

El será el que traerá la justicia y levantará a los infelices y los libertará de sus opresores... El anunciará la Buena Nueva, evangelizará a los pobres y vendrá a curar, como dijo el mismo profeta Isaías, a los que tienen el corazón despedazado y predicará la redención de los esclavos, y a los encarcelados libertad..., "*entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos*", y los cojos andarán y hablarán los mudos... Y El, finalmente, se opondrá a la opresión de los pobres y de las viudas y vindicará *el justo* jornal de todo obrero y del indigente... (Véase "Apéndice donde se expone brevemente el concepto cristiano de "liberación").



III.—Todos le esperaban...

Los judíos fieles pedían anhelantes su llegada: “*¡Ven, Señor, y no quieras tardar! Que se abra la tierra y nazca el Salvador. Que rocíen los cielos, y descienda el Justo...*” Los gentiles, todo el mundo pagano, ante la gran miseria espiritual que los rodeaba; aquella corrupción de costumbres, los vicios nefandos y la degradación moral que existía según la describe San Pablo en su carta a los Romanos, juntamente con la vergonzosa opresión de los esclavos y el abuso de los débiles..., suspiraban por un Libertador, por un Redentor que les trajese pensamientos e ideales elevados; que les repitiese las antiguas verdades olvidadas ya, que les purificase las ideas morales; que les enseñase a amarse unos a

otros, todos como hermanos, todos como hijos de un mismo Padre celestial.

Según los historiadores paganos, Suetonio y Tácito, era persuasión que del Oriente había de salir el que cambiase el estado del mundo. Y esta misma persuasión la tenía el pueblo judío —que habitaba en el Oriente y era adorador del verdadero Dios— y así esperaba que de su raza nacería, según las promesas del Altísimo; y, en efecto, llegó el día en que apareció ante el gran mundo pagano y ante el pequeño mundo judío el Esperado, el Maestro de las almas, el amigo de los pobres, el dignificador de la clase obrera, el libertador de los oprimidos, el Salvador de todos.



IV.—Su maravillosa aparición

En una pequeña aldea, oscura y humilde, llamada Nazaret, vivía una jovencita, cuyo nombre era **MARIA**. Aún no tenía diez y seis años. Dedicábase a sus ordinarios quehaceres y daba algún tiempo a la oración.



En uno de los momentos en que se hallaba en altísima contemplación vió que el ángel Gabriel penetraba en su casita humilde y pobre y que se detenía ante ella y la saludaba respetuosamente: *“Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres”*.

Sorprendida y turbada al oír palabras tan desusadas, cuyo significado no comprendía, oyó que proseguía el celestial visitante: *“No temas, María; has hallado gracia en los ojos del Altísimo. Sabe que has de concebir y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre JESUS. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David, su padre; reinará en la casa de Jacob eternamente y su reinado no tendrá fin”*. (Lc. 1,30-33).

Comprendió María que había sido elegida para

Madre del Redentor. Con todo, hubo un momento de sobresalto en el corazón de ella. ¿Corría peligro su voto de virginidad? Prudente y reflexiva, expuso su zozobra con extremada sencillez: “—¿Cómo ha de ser eso? Yo no conozco varón”. Era tanto como decir que su matrimonio con José no se parecía a los demás. De nuevo le tranquilizó el ángel:

—“*El Espíritu Santo descenderá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, de ahí que lo santo que de tí nacerá será reconocido Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido también un hijo en su vejez y hoy la esteril se encuentra encinta y en el sexto mes de su maternidad. Para Dios no hay nada imposible*”. (Lc. 1,34-37).

El blanco lirio nazareno conoce entonces que su voto ha sido muy agradable al Cielo, puesto que lo respeta.

Ha comprendido que puede ser Madre sin dejar de ser Virgen. Y Ella, LA VIRGEN por excelencia, la Virgen anunciada en la profecía de Isaías, reboante de celestiales consuelos, exclama humildemente:

—“*He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra*” (Lc. 1,38). El ángel desapareció. Su altísima embajada queda cumplida. Y en aquel instante se realizó el más sublime prodigio que presenciaron los siglos.

EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITO ENTRE NOSOTROS. (Jn. 1,14).

Dios, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre.



V.—La Madre de Dios

Desde este momento que pronunció su *fiat-hágase*, María quedó constituída Madre de Dios. Así la proclamó días más tarde su prima Isabel, que vivía en un pueblecito de las montañas de Judá, al cual se había encaminado María para saludarla, a los pocos días de su diálogo con el ángel. En el momento del encuentro, una luz divina iluminó el espíritu de Isabel, y ésta, transportada de admiración y alegre respeto, exclamó:

— *¡Bendita Tú eres entre todas las mujeres! ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la MADRE DE MI SEÑOR a visitarme? Apenas oí tu voz, el hijo que mora en mi seno dió saltos de contento. ¡Bien-*

aventurada Tú, que has creído, porque verás cumplido todo lo que el Señor te ha dicho!

En medio de su grandeza, María permanece humilde, y elevando su alma sobre todos los horizontes terrestres, revela a Isabel el misterio sublime de su maternidad, de su vocación y de su gloria futura. La Virgen elegida entona entonces el *Magnificat*:

“Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

“Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

“Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente, cuyo nombre es santo. (Lc. 1,45-55).



VI.—Madre de Dios

“¡Qué título más inefable!, —exclama Pío XII—
...Sólo Ella, por su dignidad, trasciende los cielos y
la tierra. Ninguna entre las criaturas visibles o invi-
sibles puede compararse con Ella en excelencia.”

En la historia de la humanidad sabemos que se
ha dado el único caso de un Hijo que haya existido
antes que su Madre. Este es el caso de Jesús, el Ver-
bo de Dios o Palabra del Padre, eterno como El,
que ha existido desde siempre, o sea, antes que el
mundo existiese, pues “*por El fueron hechas todas
las cosas*” (Jn. 1,3), incluso su Madre, pues al deter-
minar hacerse hombre para redimirnos y venir a
este mundo por medio de Ella, El la escogió.

¿Qué hubiéramos hecho nosotros —y somos malos— dice el Hno. Ginés— si hubiéramos tenido la oportunidad de crear a nuestra madre? Seguro que la hubiéramos hecho bellísima y con todas las perfecciones imaginables: sana, inteligentísima, buenísima, equilibrada, en fin santa y perfecta, dotada de todas las mejores cualidades que se nos hubieran ocurrido.

Esta oportunidad tan única y especial, solamente la ha tenido Jesucristo, que existió antes que su Madre, y que millones de años antes que Ella naciera, ya El estaba pensando cómo la iba a hacer de hermosa y perfecta. *“Aún no existían los abismos y Yo ya estaba concebida en la mente de Dios. Aún no se había hecho la tierra, cuando se preparaban los cielos, Yo ya estaba presente* (Prov. 8, 24-25).

La belleza de la Inmaculada, *llena de gracia*, no es posible comprenderla ni imaginarla en este mundo. Para ello es necesario tener otros ojos y otra inteligencia; los ojos y la inteligencia que tendrán los bienaventurados en el cielo. Sólo allí será posible ver y comprender la hermosura y la belleza de María. Ella, la *llena de gracia, la bendita* o más alabada *entre todas las mujeres*; la llamada *bienaventurada* por todas las generaciones (Lc. 1,84), ocupa el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues Ella, por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres (LG.63).

María se detuvo unos tres meses en casa de su prima. Luego, regresó a Nazaret.

Por aquellos días se comentaba con admiración el caso de Isabel, que en edad tan avanzada prometía un hijo. Y, en efecto, poco más tarde hizo su entrada en el mundo un niño que traía una misión prodigiosa: la de preparar los caminos al Redentor de los hombres.

Todos ponderaban las maravillas ocurridas con motivo de su nacimiento, y se preguntaban unos a otros: “*¿Quién pensáis que será este niño?, porque la mano de Dios está con él..*” Fue creciendo el niño y el espíritu de Dios guiaba sus pasos. Andando los años aparecerá en público, anunciará la próxima venida del Mesías, y predicará que todos hagan penitencia y se humillen, disponiendo sus corazones para recibirle. De este gran profeta que señala a Jesucristo con el dedo, hizo este gran elogio el mismo Jesucristo: “*De los nacidos de mujer, ninguno es mayor que Juan Bautista*”. (Lc. 7,28)



VII.—El Carpintero de Nazaret

Tras el nacimiento del Precursor, María había vuelto a Nazaret. Allí su casita era un hogar sencillo, ungido de pureza. Se acercaba el día de las bodas solemnes. Mientras tanto, sus parientes y amigas iban notando que María presentaba señales de maternidad. Esta noticia llegó a oídos de José, el carpintero, la cual ensombreció su rostro, ya que no podía explicarse el estado de su esposa, no habiéndose consumado entre ellos el matrimonio.

Quería desechar todo pensamiento de culpabilidad, y el pensamiento volvía y volvía, torturándole cruelmente. Abstraído en sus preocupaciones, durante el trabajo, el martillo se le escapaba de las manos, y la sierra no iba y venía cortando la madera con el alegre y ligero chirrido de otras veces.

José estaba indeciso y triste. ¿Acusaría de adúltera a su esposa y la llenaría de infamia a los ojos de todos? Esa era la costumbre; pero él no podía

seguirla. Cuantas veces posaba la mirada sobre María, advertía en ella un aire de candor, de dulzura y de santidad que, a pesar de las apariencias, no se atrevía a condenarla.

Muchas debieron ser las angustias y vacilaciones del piadoso carpintero. El, vagamente, presentía un misterio. No sabía definirlo, pero era indudable que existía.

Había pensado alejarse secretamente y abandonarla; pero aquella noche, mientras dormía, un ángel, vestido de claridad, se le apareció y le dijo:

—José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un niño, a quien pondrás por nombre Jesús, pues El salvará a su pueblo de los pecados. (Mt. 1,20-21).

Despertó José. Con el corazón libre de angustias, obedeció sin dudar a la palabra intimada por el Cielo. Abismado en profunda admiración, recibió a su esposa como un depósito sagrado. En adelante, ya sabía cual había de ser su misión: salvaguardar la virtud de la madre y proteger la vida del hijo.

María entró en casa de su esposo y tomó la dirección del hogar.

Ella permaneció siempre virgen inmaculada.



VIII.—Camino de Belén

En el vasto imperio de Augusto había cesado la guerra. El templo de Jano habíase cerrado en Roma. Esto era presagio de que el mundo estaba en paz. Aprovechando el emperador esta tregua pacífica, dió un edicto mandando empadronar a todos los ciudadanos romanos. La Judea quedó comprendida en este edicto imperial, y los judíos debían inscribirse en su ciudad natal.

José, el santo esposo de María, deparado por la Providencia para ser custodio de su virginidad y descendiente de David, era oriundo de Belén. Allí debía empadronarse legalmente, y aunque el viaje era largo y la estación difícil, se puso en marcha, y al fin, después de penosas jornadas, llegaron al pueblo de sus antepasados, que dista ciento veinte kilómetros de Nazaret, ciudad de su partida.



IX.—Un establo

La decepción de José y María al entrar en Belén debió de ser grande. No había para ellos hospedaje en ninguna parte. Numerosos judíos invaden casas y albergues, pues han venido de muchas partes para cumplir la ley del emperador. María y José llaman a las puertas pidiendo hospitalidad... Todos les responden lo mismo: que no hay sitio *para ellos*. Comienza a anochecer: es invierno, la noche va a ser fría e inclemente. Cuadro triste para estos santos esposos. Perdida toda esperanza de alojamiento en casa de los particulares, se dirigen a un parador de los muchos que en el Oriente se alzan a lo largo de los caminos a la manera de establo de animales...

El lugar no podía ser más miserable. Un establo al natural, socavado en la montaña, sucio y maloliente... El Hijo de Dios quiere nacer pobre para que los hombres no maldigan a los pobres.

En aquel sucio lugar y en completo desamparo, ignorado de todos, despreciado de muchos que no habían querido admitirle en su casa, va a nacer el más puro entre los nacidos de mujer, el Redentor del mundo.

Con divina sencillez dice el Evangelista: *“aconteció que estando allí se cumplió el tiempo en que María debía dar a luz”*. (Lc. 2,6-7).

En la noche del 24 de Diciembre realizóse el prodigio anunciado por los profetas. Cuando el reloj del tiempo marcaba las doce de aquella noche fue llegado el momento más venturoso de los siglos. Y en aquel instante la Virgen Santa, que había concebido virginal y sobrenaturalmente, también virginal y sobrenaturalmente da a luz; y sin dolor, sin pesadumbre, ve delante de sí, nacido de Ella misma, más limpio y resplandeciente que el sol, a un niño. Era el Hijo de Dios, era su hijo que había salido de sus purísimas entrañas, sin mengua de su integridad virginal, a la manera de los rayos solares que pasan a través de un cristal sin romperlo ni mancharlo. La Virgencita tomó a su Hijo en las manos, lo contempló con ternura y lo estrechó contra su pecho (1).

(1) “El Nuevo Testamento explicado”. Este es un nuevo libro del Dr. B. Martín Sánchez en el que expone el Dogma Católico, saliendo al paso de errores protestantes, testigos de Jehová y otras sectas.

José, completamente sumido en la consideración del misterio, que se desplegaba ante sus ojos, contemplaba también al recién nacido.

Y los dos cayeron de rodillas y lo adoraron.

Aquel niño, además de Hijo de María, era Hijo de Dios.



X.—Aquel niño es adorado

Ni en Belén, ni en Jerusalén, ni mucho menos en Atenas y en Roma, sospechaba nadie que aquella noche se acababa de realizar el mayor acontecimiento de los siglos, centro y punto de partida que habrá de ser para la cronología de la Historia.

Aquel niño era Dios... y quiso que los ángeles del Cielo entonasen himnos de gloria sobre su cuna, y que entre los hombres no le faltaron adoradores.

Las legiones angélicas alababan a Dios y decían:
*“Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad”*. (Lc. 2,14)

Uno de los ángeles del Señor se apareció aquella noche a unos humildes pastores, llenos de fe y pertenecientes, sin duda, a aquella porción escogida del judaísmo, que anhelaba ardientemente la consola-

ción de Israel. Estaban en vela guardando sus rebaños. Estos, al serles anunciada la buena nueva de que en la ciudad de David les había nacido el Salvador y que El era el Cristo o Mesías esperado, se fueron a toda prisa, y, según la señal dada por el ángel, hallaron a María y a José con el Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Y al verle se cercioraron de cuanto se les había dicho de aquel Niño...

Después de adorarle y de ofrecerle sus pobres dones, los pastores se volvieron a sus rebaños, no cesando de alabar y glorificar a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según que por el ángel les había sido anunciado.

* * *

Conviene advertirnos aquí que a los ocho días del nacimiento, el Niño debía ser circuncidado. Y entonces, como entre nosotros en el día del Bautismo, se ponía el nombre al recién nacido. San José le puso el nombre de Jesús, conforme fue llamado por el ángel San Gabriel. Transcurridos treinta días después de la Circuncisión, María, como toda madre israelita, debía personarse en el Templo para ser purificada... Ni Jesús estaba obligado a la humillante



ley de la Circuncisión, ni María a someterse a la de la Purificación, porque eran la misma pureza y de nada tenían que purificarse, pero a fin de darnos ejemplo de sumisión y de humildad, fue por lo que ambos quisieron sujetarse a la ley común.



* * *

Por entonces, al mismo tiempo que Jesús nacía en Belén, apareció en el Cielo un astro extraordinario que al verlo, unos magos, sabios caldeos, supieron por divina inspiración que anunciaba el nacimiento del Rey de Israel, del Mesías prometido, del Redentor del mundo... y ellos se decidieron ir a adorarlo. Muchos fueron los contratiempos que tuvieron, pero a pesar de todo, llegaron al lugar donde la estrella, por la que habían sido guiados, se quedó inmóvil. Allí estaba el humilde infante, el Rey que iban buscando, y ante El aquellos magos: Melchor, Gaspar y Baltasar (cuyos nombres pare-



cen arbitrados por escritores antiguos), se postraron y le adoraron en nombre de los gentiles. A continuación le ofrecieron con amor sus dones: oro, incienso y mirra. Oro, como a rey; incienso, como a Dios, y mirra, como a hombre mortal.

El *oro*, es símbolo de la caridad.

El *incienso*, es símbolo de la oración.

La *mirra*, símbolo de la mortificación.



XI.—Aquel niño es perseguido

El Niño-Dios continuaba ignorado de los grandes, de los soberbios, del mundo duro y pervertido que había venido a rescatar. Era mucha la pobreza, la humildad y la sencillez que rodeaba su cuna. No le faltaron adoradores que le reconocieron como a Dios; pero la triste realidad es que *“vino a los suyos y los suyos no le recibieron...”* Empezaron por no darle albergue... y cuando los magos preguntaban en Jerusalén: *“¿Dónde ha nacido el rey de los judíos?, porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo”*, como todos ignorasen el nacimiento de este Rey, al penetrar esta noticia en el palacio de Herodes, ya este viejo tirano se llenó de alarma y, temiendo fuese destronado, una vez que se cercioró por los príncipes de los sacerdotes que la Escritura decía que había de nacer en Belén de

Judá, quiso saber dónde estaba el Niño para hacerle morir... y le persigue al verse burlado de los magos, que no volvieron a darle la noticia de su adoración... y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo en Belén y sus cercanías por ver si el Niño adorado por ángeles, pastores y reyes, no podía escaparse de su persecución satánica. Mas a aquel rey sanguinario no tardó en llegarle la hora de su merecido. El Cielo



velaba por el Niño y los santos esposos María y José huyeron con él a Egipto avisados por un ángel, y allí permanecieron hasta que Herodes muere corroído de gusanos, en medio de los más horribles dolores, como tantos perseguidores de la Iglesia, abandonado de Dios y de los hombres.

Aquel Niño venía a ser *blanco de contradicción* como lo anunció el anciano Simeón, que tanto suspiraba por ver el consuelo de Israel antes de morir, y que al fin, en el momento que la Virgen entró en el Templo a purificarse, tuvo la dicha de conocerle con luz del Cielo como Redentor y Ungido del Señor.



XII.—Nazaret

José y María, después de algún tiempo soportando pacientemente en el destierro, al saber por inspiración divina que habían muerto los que atentaban a la vida del Niño, regresaron con El a Nazaret, cumpliéndose las Escrituras que habían dicho de Jesús: “*Será llamado Nazareno*”.

Nazaret cuenta actualmente con unos 50.000 habitantes debido a la inmigración judía. En tiempo de Jesús debía contar sólo de 300 a 500. Por aquella época era una aldea insignificante, no se hace mención de ella en el Antiguo Testamento, ni en las Antigüedades Judaicas del historiador Flavio Josefo, que menciona numerosas localidades galileas; ni tuvo celebridad alguna antes de Jesucristo, hasta parecía menospreciada por los mismos judíos,

tanto, que Natanael, a quien el apóstol Felipe hablaba de Jesús, respondió con extrañeza: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”

En esta ciudad, situada entre el mar de Galilea y el mar Mediterráneo, la mayoría de sus habitantes se dedican a la agricultura y a la horticultura. Abundan los ganados, higueras, olivos, naranjos... que, a la vez que dan ricas cosechas, dan un aspecto encantador a la patria de Jesús.

La vida íntima de la casita de Nazaret fue, sin duda, en extremo sencilla. La de todos los artesanos pobres de aquel tiempo.

Jesús estaba sujeto a María y a José. José es un carpintero de pueblo; María, su esposa, es también una mujercita de pueblo, que sin cesar trabajan para proporcionarse el sustento de cada día.

Mientras tanto “*el Niño crecía, y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era en El*”. “*Crecía*” y se desarrollaba regularmente el cuerpo de Jesús, como el de todos los niños, como crece y se desarrolla el tallo de una planta. Y crecía aprendiendo por experiencia propia lo que sabía ya por ciencia divina y por ciencia infusa (1).

Es un niño modelo en su porte, en su conducta, en su vida toda. En Nazaret lleva una vida retirada hasta la edad de treinta años, ocultando su divinidad a los ojos de todos y apareciendo como un

(1) Jesús propiamente *no crecía en sabiduría*, sino que *cada día daba ante los hombres más muestra de la sabiduría que poseía*.



obrero más de la localidad, dándonos así ejemplos de humildad, de trabajo, de obediencia, de silencio, de oración, de vida interior y de deber de estado. Esta era la mejor preparación para su vida pública.

De El sólo sabemos durante este tiempo aquel episodio evangélico, cuando a los doce años fue con sus padres al Templo de Jerusalén..., y se desvió de ellos, hallándolo éstos a los tres días disputando con los doctores de la ley... Y cuando su madre, con ternura inefable le dice: *“Hijo mío, ¿por qué has hecho eso con nosotros?”*. El les contesta mansamente: *“¿Por qué me buscábais? ¿No sabéis que debo estar en las cosas de mi Padre?”* Palabra misteriosa es esta, que nos revela ya su divinidad y la misión que trae a este mundo; El tiene otro Padre distinto de María y José; su Padre es Dios, en cuyas cosas debe ocuparse.

Desde Jerusalén volvieron los tres a Nazaret, y allí Jesús seguirá ocultando su divinidad, según hemos dicho, bajo las apariencias de un sencillo obrero.



XIII.—El obrero de Nazaret

Jesús era tenido por hijo de un artesano, de un carpintero... Es Dios y se anonadó haciéndose hombre, y hombre trabajador... El trabajo como medio de sustento. Jesús, pues, es un obrero, y va experimentando el dolor y la alegría de ganarse el pan con el sudor de su frente, con el esfuerzo de sus manos.

Esas manos divinas que sustentan el Cielo y la tierra, esas manos que luego bendecirán a los niños, que curarán a los leprosos, que resucitarán a los muertos y absolverán a los pecadores... estaban callosas por el trabajo.

Empezó por ser aprendiz junto a San José, y después, solo, persevera en la ruda labor de carpintero de aldea, donde el trabajo es rudo y mal retribuído.

¡Así ganó Jesús, con el sudor de su frente, el pan cotidiano para Sí y para su Madre...! Fue obrero de la materia, antes de ser obrero del espíritu. Fue pobre antes de llamar a los pobres al reino de los cielos.

A la experiencia del trabajo y de la vida casera, añadió la experiencia del campo. Jesús amaba el campo como lo han amado todas las almas grandes. Ha contemplado las aves y los lirios, la vida del labrador que siembra, y la de los pastores y de las ovejas..., y luego en su vida pública expondrá bellas parábolas de la vida campestre.

Y así pasan treinta años... para darnos ejemplo y para que no nos quejemos cuando tengamos que trabajar para vivir... y sepamos aceptar toda clase de trabajos en satisfacción de nuestra vida pecadora, ya que la ley del trabajo es pena del pecado: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...”*

Jesús nos enseña prácticamente a todos la lección inmensamente difícil de trabajar y obedecer.

Trabajar, porque el trabajo lleva a Dios. Obedecer a un hombre —padre de familia, jefe de taller—, porque representa a Dios. Lección difícil. Los que la cumplen serán perfectos. Y todos la pueden cumplir desde que el divino obrero de Nazaret dice con sus obras, más que con sus palabras, a todos los obreros del mundo: —Aprended de Mí a no sublevaros ni maldecir la providencia de Dios, porque no os ha puesto en un estado de vida más cómodo.

Aprended con el trabajo noble y cristianamente aceptado a hacer más tolerables y llevaderos los días penosos de esta vida, y a merecer así la felicidad interminable.

